

Juan Gelman (1930-2014)

Juan Gelman, gran poeta de la lengua española, gran lector de César Vallejo y de los poetas místicos, nos ha enseñado que la ausencia habla y que la palabra, como esos pájaros sostenidos “incompletamente” de su poema, nombra aun en el desamparo y en el vacío que resta después de un repliegue. Hoy que el poeta mismo se ha replegado del vivir, su poesía sigue allí: habla. Porque desde el comienzo Gelman creó una lengua propia en las inflexiones del español: una lengua Gelman. La inició en la oralidad del habla argentina, porteña, en el centro del gotán, pero extrañada de sí hasta tornarse otra en sus poetas apócrifos, como si la lengua Gelman fuera la traducción de voces ajenas: las de John Wendell o Sidney West, entre otras máscaras del decir. Luego llevó ese extrañamiento a la poesía del exilio como memoria, huella y desgarradura: “¿Hasta dónde este exilio exterior coincide con otro más profundo, interior, anterior? ¿Hasta dónde los idiomas extranjeros, la ajenidad de rostros, voces, modos, maneras, encarnan los fantasmas que asediaron mi propia juventud?”, dijo. El exilio estremó la lengua Gelman, que se torsionaba en sus ritmos y fundaba su gramática inesperada, emperrada: “Puma verde, no lluevas más. Ya no te empumes, ya cantés, ya te comás el libro que arde”. Buscó también en el sefardí la lengua exiliar de sus ancestros judíos, en su hondo fondo: *dibaxu*. La lengua Gelman no creaba otros mundos en este mundo, como querían los surrealistas, sino, para retornar a uno de sus neologismos, mutaba el mundo en su “mundar”. Y ese acto poético también fue político. La lengua Gelman jamás dejó de expandirse y nombró en los vacíos de ser hasta el último día, a través de su libro *Hoy*, tan extraordinario y vívido que, como lengua poética, era un nuevo comienzo que hablaba en las “respiraciones del estando”. Y ese verbo brilló como una piedra negra destinado a un tú ausente y presente en lo filial: tanto en la *Carta a la madre* como en la “Carta abierta” a Marcelo Ariel, su hijo desaparecido.

Una de las grandes cuestiones que de un modo creciente atraviesa la lengua Gelman luego del exilio en los años ochenta y de la desaparición forzosa de personas en una parábola que llega hasta sus últimos libros, es aquello cuya ausencia provoca sin embargo una acción positiva en su propio replegarse. En uno de sus últimos libros, *De atrasalante en su porfía*, ese aspecto se manifiesta en cierto motivo central: las huellas activas de lo inexistente, lo no dado, lo que no es, lo que ha ocurrido y fue olvidado, lo no vivido, lo ido, lo perdido, pero también lo frustrado, lo que no será. Pero Gelman siempre encarna positivamente ese rasgo en la experiencia vivida. Por ejemplo en la muerte de su madre o en la desaparición de su hijo. Ese hecho traumático articula ese motivo que en el último libro de Gelman, *Hoy*, cuestionaba así: “¿Qué habrá en lo no ser del ser?”.

Es sabido que con los años y su persistente busca, Juan Gelman recuperó a su nieta María Macarena en 2000, ya que su madre, María Claudia García Irureta Goyena fue secuestrada junto a Marcelo Ariel el 24 de agosto de 1976. El hijo de Gelman, de 20 años, fue trasladado al campo clandestino de detención Automotores Orletti, torturado

y asesinado entre el 4 y el 9 de octubre de 1976. El 14 de octubre de 1989 fueron hallados los restos de Marcelo Ariel, gracias a la abnegada labor del Equipo Argentino de Antropología Forense. “Fue asesinado de un tiro en la nuca disparado a medio metro de distancia. Ahora tiene sepultura y es éste un hecho sumamente importante para un padre huérfano de hijo, como soy, porque el rescate de sus restos fue el rescate de su historia” escribió Gelman en “Elogio de la culpa”. Su pareja, la nuera de Gelman, continúa desaparecida. Había dado a luz en Montevideo, como un intercambio de favores con la dictadura uruguaya, que se llevó entonces a dos embarazadas. “Los militares uruguayos trasladaron como un envase a mi nuera, embarazada de ocho meses y medio, de Buenos Aires a Montevideo, esperaron el nacimiento de la niña y, dos meses después, se la arrebataron, asesinando a María Claudia en Uruguay”, dijo Gelman. El poeta asistió a la condena a cadena perpetua de los asesinos de su hijo en el juicio de marzo de 2011. En su último libro, *Hoy*, escrito en la ciudad de México entre 2011 y 2012, retornan los vacíos del no ser que, otra vez, se encarnan en la experiencia vivida: “Vacíos del presente molestan al pasado. En la asamblea de las pérdidas, algún amor alza su llama con la humildad dichosa de lo que pudo ser”.

Cuando la poesía se sitúa en el límite del lenguaje inventa otra lengua hecha de los ritmos en los que intima la voz propia, que es de uno, acérrima, y también de todos, comunitaria: lo que aprendió el infante en la lengua materna, lo que le dictó el barrio de su patria personal, lo que se oye en los ecos demorados de otros poetas, lo que la ajenidad de los exilios extranjeroiza allí donde se vivan, lo que las palabras alumbran como avatares del deseo. No todos los poetas inventan una lengua en el interior de su lenguaje; cuando eso ocurre, la poesía no sólo es reconocible, también es grandiosa. Góngora inventó una lengua, Pound la inventó, y también Pessoa. Hay una lengua Vallejo y hay una lengua Gelman.

La retórica y la lingüística, los procedimientos estilísticos, la pura asepsia de la descripción letrada pueden explicar indefinidamente cada verso, explicar por qué quiebra la norma, cómo se vuelve expresivo en el límite de lo enunciable, cómo somete al idioma a desdecirse, como van y vienen las sombras de Vallejo, de Tuñón, de Manzi, de Valente, de San Juan de la Cruz en la poesía de Gelman. Pero nada de eso alcanza del todo para la comprensión de un poema de Gelman, versos como estos: “El cosmos tiembla / como lo pájaro perdido / sin coartada”. Es como si el lenguaje que camina a nuestro lado nos obligase a mirarle la cara de golpe, a los ojos, y nos hablara en un idioma extranjero que, aun sin saberlo, entenderemos en la lengua Gelman.

Jorge Monteleone